

# NOTA

## El poeta Eugenio Gerardo Lobo y el Colegio de San Clemente de Bolonia

No son muy abundantes los estudios sobre este poeta soldado, que personaliza uno de los contados casos con cierto interés entre los cultivadores del barroco literario en sus épocas de franca degeneración. Nosotros, hoy, nos proponemos dar a la luz una serie de pequeños datos de su vida, de la mano de un par de cartas, halladas en la Biblioteca del Real Colegio de S. Clemente de los Españoles, en el que el poeta fue huésped durante varios meses (1).

Las circunstancias que dieron lugar a la relación y agradecimiento duraderos de Lobo con el Colegio, fueron las luchas desarrolladas en Italia durante la guerra de sucesión de Austria, en las que tomó parte muy activa el ejército español. Eugenio Gerardo Lobo participó como brigadier en el combate de Campo Santo, el 8 de febrero de 1743, de resultado incierto, y del que ambos bandos se consideraron vencedores, "los españoles por haber quedado dueños del campo..., éste (el enemigo) por el número inferior de bajas y por la posterior retirada de los españoles a Bolonia, y, por último, a Nápoles, en donde hubieron de acuartelarse el 26 de marzo" (2).

De la época de convalecencia de nuestro poeta en Bolonia, tras las heridas sufridas en dicho combate, quedan como testimonio dos cartas.

Una al reverendo padre maestro de la Orden de la Santísima Trinidad de Calzados, y la otra, sorprendentemente paralela en cuanto a chistes y ocurrencias, al brigadier Francisco de Carranza (3). Las heridas fueron de bastante importancia, según la festiva relación del propio poeta:

«Trabajando tres meses para cerrar las claravojas, que abrio el enojo de una maldita Bala en el poste derecho del hedificio de mi desmoronada humanidad, tan iguales, tan redondas, y tan huniformes, en línea transbersal que podría entrar por la una y salir sin tropiezo el sol por la otra, señalando el equinocio, como los zelebados de Archímedes en Siracusa. Otras dos bentanillas dexo en mi situazn. Obscura el impudico atrevimiento de la Metralla aunque menos grandes más peligrosas, y dificiles del acierto de la curanz. siendo preziso que hiciesen cada día una, ó dos veces mis criados con mi cuerpo lo que los hijos de Noe con su padre» (4).

El proceso de curación duró varios meses, tres por lo menos en el momento de escribir la carta mencionada al brigadier Carranza:

«Según el estilo de esta carta me discurrirás muy alegre; pues te aseguro que es toda hipocresía violenta para disfrazar el interior desasosiego de verme después de tres meses de cura precisado a que arrastre el carrocín de mi humanidad una mal domada muleta, como médico de Barcelona» (5).

Nada, pues, se dice del lugar en que convalecía. Las noticias y cartas que hemos encontrado nos lo señalarán, así como permitirán colegir la situación y el ánimo de nuestro poeta en el momento más delicado de su biografía, cuando la supuesta aversión real se disipa y se le concede el gobierno militar de Barcelona.

La leyenda de la enemistad de Felipe V con el "Capitán Coplero", que tantas vueltas ha dado en la fantasía de los escritores del pueblo, tiene todo su fundamento en las protestas de Eugenio Gerardo Lobo, incluídas en las dos cartas antes citadas. A este propósito es particularmente significativa la del brigadier Carranza, por haber sido éste ascendido en la misma acción en que Lobo, malamente herido, resultó postergado:

«Amigo: sea enhorabuena que te haya tocado alguna nota de los muchos raudales de gracia que ha difundido la gratitud de S. M. sobre la justa expectación del regimiento. Pero no te aconsejo que compres bolsillos para los gajes de brigadier, pues en la presente providencia sólo sirve este grado de tomar días en el ejército y consumir en él los Decretos de la Suprema Arcanidad..., añadiéndose a toda la serie de mis trabajos el capítulo de quedar postergado en el ascenso a Mariscal de Campo a D. Benito y a Caltójar por brigadieres menos antiguos» (6).

La fantasía de los primeros biógrafos de Lobo, del pueblo, de La Barrera, Salcedo, etc., acrecientan las quejas, haciendo de nuestro poeta un paladín de la causa antifrancesa, con la supuesta razón de los conocidos versos:

«Dos cerdudos al entrar  
me dieron la enhorabuena  
que el trato con los franceses  
me hizo entenderles la lengua» (7).

Rubio desestima abiertamente la peregrina hipótesis, coincidiendo con el Marqués de Valmar (8).

Hoy ya no se sustenta la romántica conjetura sobre Lobo, especie de nuevo Bernardo del Carpio, como no se sustentan ya tantas otras bellísimas leyendas arrojadas sobre nuestros clásicos, Quevedo, Villamediana, Cevallos, etc. por la fantasía popularista de una entrañable crítica, en la que la fascinación y el pintoresquismo romántico contribuyeron, en verdad, a edificar algunas inexactitudes, pero que recubrió su propia labor y sus propios poetas con la pátina ilusionada, fervorosa y atractivísima, que confería la caballerosa aventura de sus curiosas búsquedas, patrióticas y sentimentales, en los añejos archivos conventuales y aristocráticos de la España en los albores del XIX.

Es preciso, en suma, reducir las cosas a sus términos reales, infinitamente menos poéticos: las circunstanciales quejas de Lobo, justificadas o no, son unas más entre las infinitas colecciones de protestas de soldados descontentos, que llenaban con sus memoriales las oficinas de la Corte.

La primera de las cartas del archivo del Colegio de San Clemente, a menos de tres años de distancia de tiempo, 7 de enero de 1746, nos presenta ya a nuestro poeta plenamente repuesto de su situación quejosa, y esperanzado por testimonios ciertos del favor real. Es, al mismo tiempo, una clara afirmación del agradecimiento de Lobo al Rector del Colegio, en el que había pasado los largos meses de su convalecencia. Consideramos, pues, de algún interés transcribir la carta:

«Muy Sor. mío. Si la apreciable memoria de V. S. en el anuncio de las Pasquas del Mazimto de nro Redentor ubiese llegado antes de haverlas tenido melancolicas por la soledad de mi situación, guardando los márgenes del Tesino, pudiera haver contribuido no poco a desahogar mi espíritu con las reflexiones de tan singular favor, pero haviendo las disfrutado en el principal veneficio de la salud, solo puedo tener queja del correo por el retardo de tan especial circunstancia para mi consuelo; y en retribución de mi cordial agradecimto. participo a V. S. como tengo horden de S. Magd. (Dios le g. d.) para Pasar a España, sin otro aditamento que la clausola de para ser empleado; y aun que se susurra de que se me confiara el Gobierno de Barzelona, no tengo noticia de oficio, ni alguna particular de la intenzión de la Corie. pero en cualesquiera situazió, o empleo tendra V. S. un inmutable servidor y apasionado más apto de acreditar con la practica que con las expresiones de la politica las veras de su obligazon y afecto.

Nro. Sor. Guarde a V. S. en su mor. prosperidad los mus. as. de mi deseo. Bernate y Heuo. 7 de 1746.

BIM de Ve sumr Servdr y apasionado afecto.

Eugenio Gerardo Lobo».

De la hospitalidad del Rector del Colegio, y del agradecimiento del poeta, da buen testimonio el que, ya en el gobierno de Barcelona, Lobo continúa atendiendo solícitamente a los colegiales en tránsito a Italia, e

incluso interesándose vivamente e influyendo con decisión en cuantas ocasiones tuvo para favorecer a alguno de ellos. De todo lo cual es buena prueba la otra carta, de importancia biográfica muy escasa, que reproducimos en nota (9).

El de Eugenio Gerardo Lobo es un episodio más en la dilatada historia de más de seis siglos que ha vinculado a centenares de figuras de singular relieve, con el importantísimo islote de cultura y vida española que es, en el corazón de Italia, en la docta Bolonia, el Colegio de San Clemente. La ocasión de las cartas aquí transcritas, queremos que sirva simplemente para llamar la atención sobre este olvidado terreno; que sean testimonio asimismo de la índole caballerosa y agradecida de un soldado español de la Decadencia, poeta elegante de un mundo estético en fatal declive.

*Antonio García Berrio*

## NOTAS A ESTE TRABAJO

(1) Figuran las cartas, que transcribiremos, en el archivo del Colegio Busta IX, núm. 612. Hay una nota del archivero que dice: «D. Eugenio Gerardo Lobo. Este famoso poeta, que estuvo alojado i nerido en Colegio dá en estas cartas nuevos testimonios de su afecto, i de su buen humor».

(2) Jerónimo Rubio, «Algunas aportaciones a la biografía y obras de Eugenio Gerardo Lobo». Revista de Filología Española, XXXI, 1947, og. 38. Sobre la participación del poeta añade: «La batalla fue extraordinariamente sangrienta, y en ella tomó parte Eugenio Gerardo Lobo, que había alcanzado el grado de Brigadier, resultando gravemente herido, pues salió del combate, como él mismo nos dice, con 40 granaderos menos y con 4 agujeros más en mi cuerpo».

(3) No dichas cartas, como se ha afirmado, sino unas copias de las mismas, figuran en el volumen de documentos de la Biblioteca Nacional de Madrid, número 18183, en fols. 263 rv; y 264rv. La primera de ellas fue utilizada ya en la edición de las Obras del poeta, de 1796, llamada de «Peña Sagrada». La segunda la reprodujo J. Rubio en su trabajo citado.

(4) Cfr. «Carta al Padre Maestro» cit. fol. 263 r.

(5) Citado por Jerónimo Rubio, «Algunas aportaciones...» Cit. pág. 40.

(6) Ibid. pág. 39 y 40.

(7) Como muestra y colofón de la leyenda aparece la opinión de A. Alcalá-Galiano: «...de quien dicen excitó mucho el enojo de Felipe V por cierta burla que hizo de los franceses... Felipe V creyó que esta alusión al trato con los franceses encerraba una sátira del trato que existía con los franceses desde que él había venido a reinar en España, y por eso, como saben muchos, trató a Gerardo Lobo con singular despego, y le llamó según cuentan el capitán coplero». Cito por el texto de la B. A. E. Rivadeneyra, Madrid, vol. 65, pág. 21.

(8) «Ya Valmar rechaza, con razón a nuestro entender, la referida hipótesis». Op. cit. pág. 41. Véase el estudio del Marqués de Valmar, previo a su edición de «Poetas líricos del S. XVIII». Cit. pág. 20.

(9) A la carta de Eugenio Gerardo Lobo, acompañan otras dos, ambas del 12 de junio de 1748, dirigidas a él sobre el asunto de la concesión de la Prebenda Lectoral de Santiago, de Juan de Briongo y de D. Cayetano Muñoz; copiamos, asimismo, la primera de ellas, como muestra del enorme prestigio e influencia con que contaba en su época Gerardo Lobo.

Excmo. Sor.  
Señor

Lo interesado que considero a V. Exa. en el ónor de mi collegio, y los deseos que reconozco tendra de saber el estado de nro. Mones, es simular a mí obligación, para que pas a V. Ex<sup>a</sup>. el deuído y gustoso auiso, como el día 8 del corrtte. se le dió la Prebenda en primer es-crutinio por 28 votos siendo 38 los vocales; y aunque hubo bastan-tes dificultades que vencer no obstante las superô la afabilidad, dul-zura, y eficacia de este Ilmo. Arzobispo, quien con todas veras se declaró en favor vro. y aseguró a V. Ex<sup>a</sup>. que su carta hizo más efetto en algunos canonigos, que las de Su Santidad, por lo que no puedo dejar dedar a V. Ex<sup>a</sup>. las mas rendidas gracias por lo que se empeña en faborecernos y al mismo tiempo suplico a V. Ex<sup>a</sup>. emplee mis cortas facultades en su obsequio».

La carta, en fin, de Eugenio Gerardo Lobo al Rector de Bolonia dice así:

Muy Sr mío. Aunque las indecibles ocupaciones del Gobierno de esta plaza (que es la común oficina de todo lo accesorio a la manu-tención del exercito) y la dificultad del comercio por mar y tierra me han embarazado la puntual correspondencia a los favores de V. S. vive siempre segura en mi memoria la deuda de mi obligación y re-conozimiento como lo han experimentado los individuos Alumnos de V. S. que han pasado por esta Ciudad y no desperdiziando aora la oportunidad que me ofrece un recomendado que se encamina a re-cibir la Veca, reitero esta leve insinuación de mi afecto con la noticia de haverse probista la Prebenda Lectoral de Santiago en D. Miguel de Montes. Por cuyo logro y el haber yo tenido alguna pequeña parte en la recomendación de sus méritos (como podrá ver V. S. por las adjunas cartas) remito con la en buenhora, el ansia de la presente ocasión de darsela a cada uno».